

despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban, y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor; y como, en fin, era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque, como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la *garrucha*, puestos á *toca no toca*, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que, con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

EN efecto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero, despavorido, á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo, á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y, levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y, tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: "Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieta y desafío á singular batalla." Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho, de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: "Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren

los demás á buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodease toda la venta, por que no se fuese por las bardas de los corrales.—Así se hará,” respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veía el ventero, y no sabía atinar para qué se hacían aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo, cuyas señas le habían dado. Ya á esta sazón aclaraba el día, y, así por esto, como por el ruido que Don Quijote había hecho, estaban todos despiertos, y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que, la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habían podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso de él, ni le respondían á su demanda, moría y rabiaba de despecho y saña; y, si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podía el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder, mal de su grado; pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar, y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie, ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo: “Por cierto, señor Don Luis, que responde bien, á quien vos sois, el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió.” Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenía asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió, diciendo: “Aquí no hay qué hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo; porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.—Pues ¿cómo supo mi padre, dijo Don Luis, que yo venía este camino, y en este traje?—Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacía vuestro padre, al punto que os echó menos; y así, despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren.—Eso, será como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondió Don Luis.—¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa.” Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba; y, levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y á los demás

que ya vestido se habían, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y cómo le quería volver á casa de su padre, y el mozo no quería; y con esto, y con lo que dél sabían de la buena voz que el cielo le había dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así, se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara, toda turbada; y, llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él también dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oír Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que, si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea, que se volviesen al aposento, que él procuraría poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venían á buscar á Don Luis dentro de la venta, y rodeados dél, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. Él respondió, que en ninguna manera lo podía hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningún modo volverían sin él, y que le llevarían, quisiese ó no quisiese. “Esto no hareis vosotros, replicó Don Luis, si no es llevándome muerto; aunque, de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida.” Ya á esta sazón habían acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y Don Quijote, que ya le pareció que no había necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabía la historia del mozo, preguntó, á los que llevarle querían, que qué les movía á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho. “Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que, por la ausencia deste caballero, queda á peligro de perderla.” Á esto dijo Don Luis: “No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.—Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y, cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados.—Sepamos qué es esto de raiz,” dijo á este tiempo el oidor; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: “¿No conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver?” Miróle entonces el oidor mas atentamente, y conocióle, y, abrazándole, dijo: “¿Qué niñerías son estas, señor Don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este traje que dice tan mal con la calidad vuestra?” Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haría